

REGIÓN CARIBE:

HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA

Milton Zambrano Pérez

Magister en Historia Universidad Nacional de Colombia. Estudios Doctorales en Historia Universidad de Río Piedra- Puerto Rico. Profesor del Programa de Historia de la Universidad del Atlántico

Empezaré esta disertación haciendo alusión a un debate que entre nosotros ha tenido poca importancia, a pesar de ser fundamental en el ámbito de la historiografía contemporánea desde hace más o menos un par de décadas, sobre todo en Europa y los Estados Unidos.

somos artesanos, pero también deberíamos poseer la categoría de artistas de la cultura más exigente

En el reciente Congreso Nacional de Historia realizado en Bucaramanga, la discusión se planteó en una Mesa de Debate, y recuerdo que un historiador de la U.I.S. emitió un agudo grito, que casi parecía la voz de victoria después de efectuado un combate de boxeo. Lo que salió de su cansada garganta de moderador de mesa, podría expresarse casi literalmente de la siguiente manera: “¡la historia es sólo interpretación!”.

Recuerdo también vivamente (esta vez en Medellín, en otro Congreso Nacional), cómo algunos destacados investigadores de trayectoria consolidada se levantaron contra la ola posmoderna que relativizaba

los asertos del conocimiento, ponía a tambalear los metarelatos y los paradigmas en crisis a finales de los años noventa y hasta, según ellos, colocaba en riesgo de desaparecer a las llamadas ciencias sociales y a la misma historia. A quienes creíamos y creemos en la importancia de la historia regional y local para fundamentar mejor la historia del país, se nos miraba con cierto recelo porque, erróneamente, pensaban los defensores del momento que nuestro trabajo era una consecuencia del impacto posmoderno que producía furor en otros lugares. Dicho miedo no tenía razón de ser, por dos motivos principales: en primer lugar, porque quienes incursionábamos en esta forma de hacer historia no

teníamos ni idea de lo que era posmodernismo historiográfico; y, en segundo término, porque el oleaje de la historia regional y local venía de muy atrás, en Colombia y otros países de América Latina.

He traído a colación estas dos anécdotas para mostrar como cambian los tiempos. A finales de los años noventa del siglo anterior, existía más o menos un consenso entre los historiadores del país acerca de la necesidad de defender las cualidades del discurso histórico (y, en general, de las disciplinas sociales o humanísticas) en contra de los probables estragos que podría ocasionar el posmodernismo historiográfico.

Pero ya entrado el siglo XXI, tal consenso desaparece y se presenta, en consecuencia, un fraccionamiento en las posiciones que, afortunadamente, no ha provocado las devastadoras catástrofes que algunos colegas presagiaban. La prueba de esto es que se sigue trabajando en todos los rincones del país y los resultados de las investigaciones no sólo han mejorado en relación con otras épocas, sino que le han puesto muy poca atención a los problemas teórico-metodológicos (y, más concretamente, epistemológicos) que planteó el desafío posmodernista. Cabe preguntarse porqué esto ha sido así. La respuesta es compleja, variopinta y muy difícil de resumir en una conferencia como la de hoy. Pero, al menos, hay que atreverse a plantear algunas hipótesis que nos permitan explicar el fenómeno. Se me ocurre creer que en este caso ha sucedido lo que casi siempre ocurre en Colombia: todo nos llega tarde, especialmente los grandes debates que atañen a nuestro oficio. Y no sólo llegamos a destiempo a los debates internacionales sino que tendemos a polarizar nuestras posiciones aún sin conocer a fondo la esencia de lo que se discute: o nos vamos de frente con la moda, en muchos casos sin digerir con calma el nuevo alimento, o nos oponemos a ella porque nos parece un plato demasiado exótico que nos puede atrofiar la digestión. Pero quizás lo más lamentable (al menos eso es lo que se ve claramente en la Costa Caribe) es que ni siquiera las ideas que ponen en entredicho nuestra forma de conocimiento han mere-

cido la atención requerida entre los especialistas del oficio. Aquí es bueno lanzar otra hipótesis atrevida, más como provocación para incitar al debate que como estrategia de esclarecimiento: muchos de nuestros colegas viven todavía en el paraíso perdido de pensar que el historiador debe abstenerse de razonar filosóficamente, de introducirse en las profundas discusiones epistemológicas que incluyen a la historia, de reflexionar teóricamente acerca de la naturaleza de nuestro oficio y de ahondar en las debilidades y fortalezas de nuestros discursos.

Con esta actitud (que a veces se recubre con una falsa arrogancia o con una displicencia hija del

no de otro modo, cuáles son sus virtudes, cuál su aporte y utilidad para el conocimiento, la vida humana y, obviamente, entender sus problemas, dificultades y limitaciones.

Artesanos sí, pero de los buenos; artistas también, pero sobre todo pensadores nutridos con lo mejor del conocimiento social, porque como atinara a decir Fernand Braudel², el carácter bulímico, glotón, del quehacer historiográfico necesita de intelectuales persuadidos de deglutir todo cuanto sea útil para construir discursos, nuestras historias, con criterio crítico, sin entrega gratuita a nadie por más autoridad intelectual que posea, pero también lejos del fundamentalismo de cualquier

co planteado por los mal llamados teóricos posmodernistas hay que enfrentarlo con las luces que nos brindan otras disciplinas y con las propias que se derivan de nuestro quehacer. ¿Quiénes deberían estar mejor preparados que nosotros para afrontar la discusión teórico-metodológica acerca de los fundamentos de nuestra disciplina? Nadie, indudablemente, pues sentimos en carne propia lo que se sufre y se goza tramando nuestras historias, hilvanando con esfuerzo los relatos que le dan sentido a esta manera de conocer la vida humana en sociedad.

Pero aquél grito desgarrado del moderador de mesa en el Congreso ya aludido es, a mi parecer, una nue-



desconocimiento) castran la posibilidad de convertirse en auténticos pensadores, conformándose con su papel de artesanos inhaladores de polvo y de bacterias. No voy a desconocer que en cierto sentido somos artesanos, pero también deberíamos poseer la categoría de artistas de la cultura más exigente. Como dijera Georges Duby¹, nuestro sueño dirigido no es cualquier clase de sueño, porque no resulta de una explosión caótica de un cerebro calenturiento o patológicamente deteriorado, sino de una razón actuante, metódica, disciplinada y clara que debe saber cómo hace lo que hace, porqué nuestro trabajo es así y

color, hasta de aquel que suele adornarse con los ropajes floridos de las denominadas ciencias sociales.

Con lo que acabo de decir se podría entender un poco mejor porqué los defensores a ultranza del antiposmodernismo historiográfico sostienen un punto de vista conservador y timorato pues, quizás, el temor a las arenas movedizas los incapacita para vislumbrar lo positivo de la discusión internacional de los metarelatos, de los viejos paradigmas decimonónicos o del siglo XX; ese terror a lo nuevo les encarcela el ánimo para entender que el debate epistemológico y metodológico

va forma que asume la moda internacional del momento, que algunos abrazaron como su nuevo credo, como un nuevo modo del ser fundamentalista, de aquella personalidad que se cree poseedora de la verdad absoluta, ahora enmascarada con el relativismo epistemológico más grosero y abusivo. ¿Es la historia sólo interpretación como lo exhaló a voz en cuello nuestro anecdótico individuo? Ni siquiera Hayden White³ se atrevió a llegar tan lejos, porque, prudentemente, se detuvo antes de saltar al acantilado turbulento del relativismo más extremo, que suele negar hasta la posibilidad del conocimiento, mirando los rela-

tos desde una perspectiva simplista. En nadie que se respete dentro de la intelectualidad internacional encontramos una expresión tan ligera y parcialmente falsa. Nietzsche⁴ (quizás el padre putativo del lenguaje mal llamado posmoderno en el ámbito de la filosofía, la estética y la ciencia) se expresó muy mal de la mayor parte de los historiadores de su tiempo, pero supo reconocer la importancia, la utilidad práctica de la historia, de una historia crítica sobre la cultura y la sociedad, que para él era sobre todo genealogía⁵. Nunca desconoció su estatus epistemológico y su trascendencia como forma especial de conocimiento necesario para la vida humana, para liberarla de las ataduras represoras

la de nuestro coordinador de mesa. Parece mentira pero a estas alturas del partido debemos hacernos la pregunta del título de un importante libro de un historiador y teórico inglés: ¿qué es la historia?¹³.

¿Es la historia pura interpretación? No responderé de inmediato a este interrogante central, pues daremos un rodeo que nos ayudará a entender un poco más la problemática. Trataré de explicar qué es y qué no es la historia, aunque esto represente llover sobre mojado. La historia no es sinónimo del concepto pasado, pues como el pasado no existe tampoco la historia existiría. No hay nada que se parezca a lo que Pierre Vilar¹⁴ llama historia-materia, es

ciplina, una forma de conocimiento que nos ayuda a entender mejor la dinámica y las probables invariantes de las sociedades en el tiempo. Como tal, es únicamente lo que Vilar denomina historia-conocimiento o, lo que es lo mismo, una representación intelectual de los procesos, fenómenos, acontecimientos que pensamos ocurrieron en el pasado. Esta es la única manera de existencia contemporánea de la historia: una forma de conocer, de construir saberes, que posee sus propias características teóricas, técnicas y metodológicas, por más que éstas procedan de la influencia de las ciencias y de las propias disciplinas humanas. La historia es discurso, relato o texto, como suele



de la voluntad de poder, abogando por una voluntad de vivir cada vez menos esclavizadamente⁶.

Michel Foucault tampoco niega en sus importantes obras⁷ el valor del conocimiento histórico, muy a pesar de ponerle la lupa para criticar duramente sus presupuestos teórico-metodológicos y cuestionar la validez de sus asertos como verdades objetivas que, paradójicamente, intentan representar un objeto real ya inexistente. Podríamos extender la lista hasta llegar a Popper⁸, Croce⁹, Collingwood¹⁰, Lyotard¹¹, Derrida¹², entre otros, y nunca encontraremos una expresión tan parcial y ligera como

decir, el conjunto de hechos masivos que aguardan las preguntas del historiador. Tampoco existe la “historia objetiva”¹⁵ que pretendieron vendernos algunos historiadores positivistas decimonónicos, ni en el sentido de historia supuestamente imparcial ni en el de una representación cuasi-automática de lo que “realmente sucedió”, aplicando la famosa y rebatida teoría del reflejo¹⁶. Si la historia no es el pasado y tampoco es una interpretación que busca reflejar lo que realmente ocurrió entonces, ¿qué es la historia?. Parece de Perogrullo decirlo pero hay que plantearlo así, sencillamente: la historia es sólo una dis-

destacarse por algunos analistas. Pero no es un discurso cualquiera, pues goza de la pretensión de elaborar verosimilitudes o certezas acerca de lo que se cree ya sucedió. Es un relato fundado y no fundado en fuentes, como dijera Jerzy Topolsky¹⁷. Sin las fuentes (ya lo dijeron los viejos teóricos positivistas) es imposible hacer historia, en la perspectiva que aquí se expresa. Fuentes no sólo escritas, sino vivas, monumentales o de cualquier otro tipo. En algún sentido el investigador es también su propia fuente, ya que aporta a la obra su talento, cosmovisión, ideología o los propios recursos que le entrega la profesión,

los cuales se han vuelto carne de su carne y sangre de su sangre; esta es la porción subjetiva, no basada en fuentes, que compone el relato así el autor no tenga conciencia de ello. Pero la historia no es un diálogo entre el pasado y el presente, como lo planteó Edward H. Carr¹⁸, porque, como ya quedó dicho, el pasado no existe y el presente es una ilusión que podemos reducir al mero instante. La historia es, tan sólo, un diálogo entre el historiador y sus fuentes, entre los vestigios, las huellas que nos dejó el tiempo, la sociedad, y la razón o sinrazón actuante del creador histórico; es, también, un diálogo a veces neurótico del autor consigo mismo o con sus pares.

los defensores a ultranza del antiposmodernismo historiográfico sostienen un punto de vista conservador y timorato pues, quizás, el temor a las arenas movedizas los incapacita para vislumbrar lo positivo

Pero lo expresado anteriormente no debe de llevarnos a creer que la historia es simple interpretación de los vestigios y de los supuestos hechos históricos. Sin caer en las simplezas de la teoría del reflejo, tampoco es viable lanzarse al abismo propuesto por los relativistas posmodernos. No está permitido decir cualquier tontería en historia, aunque ella, lamentablemente, está llena de tonterías. Todos los discursos, por el simple hecho de serlo, no merecen el mismo estatus. No es lo mismo escuchar a un especialista en historia hablando de sus temas que oír a un zapatero impreparado haciendo alusiones a nuestra labor (con todo el respeto que debemos tener por la profesión zapateril y por la persona que la ejerce). Su lenguaje, su perspectiva específica, aunque sea un texto interesante y válido desde la visión deconstructiva, desde el enfoque descentralizante y antifundamentalista de un Derrida, nunca puede equipararse al del especial-

ista, aún menos si se trata de uno con trayectoria y habilidad en el manejo de los temas y problemas de la historia. Poner en el mismo nivel la expresión, el texto, de una admiradora de Madonna y de un destacado nacionalista puertorriqueño que se refiere a asuntos de Puerto Rico es, quizás, agradable desde la perspectiva retórica por cuanto estimula nuestra risa, pero no pasa de ser una tontería, una ligereza con la que se pretende desconocer los fundamentos del conocimiento, la diferencia central que existe entre los diversos modos de mirar el mundo, de conocer o interpretar la vida (el libro donde aparece este dato se

llama Nación Postmortem y fue escrito por Carlos Pabón¹⁹, contra el fundamentalismo nacionalista; sobre decir que mucho de lo planteado por este ensayista posmoderno es, por lo demás, certero y bien dicho).

Pero la historia no es sólo interpretación porque sostener eso implicaría negar la posibilidad de que algo que ya no está estuvo, y de que la sociedad no siempre ha sido la misma, es decir, ha mutado, cambiado, para bien o para mal. O sea, sería como negar en absoluto el intento de conocer (mediante los vestigios, las huellas que nos lega siempre lo que ya no es) los contornos, aunque sean exiguos, de lo sólido que ya se desvaneció, para construir hechos históricos con cierto grado de verosimilitud o de certeza. Este es un asunto central en el debate contemporáneo con el posmodernismo historiográfico, que no por acertar en muchos asuntos relacionados con la teoría

del conocimiento, deja de tener sus inconsistencias. Como lo sostiene Carlo Ginzburg en **El Queso y los Gusanos**, requerimos de un mínimo referente objetivo²⁰ para construir discursos históricos, que no está en el pasado sino en las fuentes que orientan ese “sueño controlado”²¹, aterrizado, que es la historia. Si la historia fuera puro discurso, mera interpretación fruto de una perspectiva organizada en la mente de un historiador que vive en el presente, prescindiríamos sin recato de los elementos que heredamos del pasado, y caeríamos en un burdo presentismo negador hasta de la posibilidad de conocer a través de indicios y de elaborar o construir discursos imaginativos y verosímiles, sobre lo que creemos ocurrió. Independientemente de las diferencias interpretativas incluidas en cada historia (las cuales relativizan nuestros relatos) hay hechos que tramar; y éstos no pueden establecerse de cualquier modo, sino acudiendo al espíritu inquisidor que aprendemos de la mejor ciencia y a unos referentes objetivos que establecen límites a lo que podemos expresar.

De tal manera que nos resulta imposible decir que el río Magdalena es azul y que, en el período colonial, sus aguas eran surcadas por submarinos nucleares pertenecientes al ejército alemán. Debemos ceñirnos a unos datos, a unas fuentes que nos constriñen; y acudir a teorías, métodos y técnicas para enhebrar el discurso que elaboramos, teniendo siempre como referentes objetivos la información que nos aportan las fuentes orales o los jeroglíficos y rompecabezas que encontramos desperdigados en múltiples unidades de información. Hay que hilvanar la historia

—establecer los hechos, dirían Carr y Vilar— con la pretensión implícita de producir un discurso con cierto grado de verosimilitud, de certeza o, si se quiere, de verdad.

No podemos plantear acerca de cualquier tema o problema del pasado lo primero que se nos ocurra, en el mejor estilo de la escritura automática que propuso en su momento el surrealismo europeo. La escritura o elaboración de la historia es un sueño controlado por dos grandes diques direccionales: las armas y estrategias teórico-metodológicas de la especialidad (que incluyen las categorías o paradigmas, los modelos teóricos o las simples técnicas) y el pesado fardo de las fuentes, que es pertinente criticar para “establecer los hechos”. En consecuencia, los hechos históricos son el resultado de las habilidades interpretativas del historiador, de la capacidad subjetiva de éste como creador de un texto, pero también de unos datos que es imposible falsear, a menos que queramos que una jauría de perros hambrientos nos caiga encima mediante la crítica inter-subjetiva.

Por esto la historia no es sólo interpretación (vale decir, subjetividad historiadora, sino hechos que vamos estableciendo poco a poco, acerca de los cuales caben, a veces, muy pocas interpretaciones válidas). La historia no es un reflejo de lo que “realmente ocurrió”, como ingenuamente creían algunos positivistas decimonónicos. El marxismo, Annales, el presentismo y lo que hoy mal llamamos posmodernismo historiográfico, nos hicieron perder la arrogancia —y también la inocencia— con respecto a las potencialidades de nuestro discurso. Pero la historia como proyecto intelectual y como los frutos de ese proyecto es mucho

más que la inquietud imaginativa o discursiva de un sujeto: es una manera de pensar útil para conocer la vida, una forma racional de penetrar en las entrañas de la sociedad, las cuales, en definitiva, son nuestras propias entrañas.

Por más que los sentidos nos traicionen, por más habilidad que tenga nuestro cerebro para engañarnos, resulta imposible decir cualquier barbaridad sobre cualquier cuestión que creemos ocurrió en el pasado. Los datos, los referentes objetivos de nuestro sueño controlado, transforman las aguas del río Magdalena, de azules en marrones o amarillentas y los submarinos nucleares alemanes en canoas, champanes o embarcaciones menores que surcan sus aguas con gente, animales y mercaderías que vienen y van de Europa a América en un periodo que convenimos en llamar de la dominación colonial española de este territorio. Negar la posibilidad de establecer unos hechos verosímiles con el argumento de que todo discurso histórico es sólo interpretación, es negar, en teoría, un acercamiento inteligente y siempre tentativo a lo que ya no tenemos en el instante existencial humano; es, quizás, caer en un relativismo extremo que todo lo reduce al dis-

sencillamente: la historia es sólo una disciplina, una forma de conocimiento que nos ayuda a entender mejor la dinámica y las probable invariantes de las sociedades en el tiempo.

curso, al texto, a la imagen o representación mental de objetos que no fueron o no son al margen de nuestra ideación o percepción; es llegar a un relativismo radical que, llevado al extremo teórico, sólo concibe la existencia de uno mismo (en un manual de filosofía de ingrata recordación, está una anécdota sobre el

filósofo Berkeley, uno de los teóricos del solipsismo—esa corriente extrema que, en parte, lo reduce todo al pensamiento de uno—; alguien le espetó que si no creía en la realidad al margen de las ideas que nos formábamos de ella, porqué no se le lanzaba al carruaje que venía por la calle. Después de pensarlo con calma, el pensador prefirió mantenerse de pie a un costado de la vía, como si previera una muerte horrenda aplastado por caballos).

Si todos los discursos son igual de válidos por poseer la categoría de tales, ¿a dónde lanzamos la ciencia?, ¿qué lugar ocupa la historia como forma genuina de conocimiento? Bien miradas las cosas, con esta actitud pseudo-epistemológica negamos hasta la posibilidad de construir conocimientos útiles que hoy, por ejemplo, a través de la física y otras ciencias, le están cambiando la cara al mundo. Y, para colmo, la historia termina equiparada a los ejercicios literarios donde sólo la imaginación interpretativa hace su nicho. Ya en otros países esta idea, de clara influencia posmoderna, ha cobrado mucho espacio. En Estados Unidos, para citar un caso, estudiantes de literatura y hasta de historia me decían que por qué tanto complicate con la historia si eso era puro

cuento, pura carreta inventada por los historiadores. En Colombia, la impresión más notable me la dio aquel coordinador de una Mesa de Debate con su grito que casi parecía un canto bullanguero: “¡la historia es sólo interpretación!”.

II
Me extendí quizá demasiado en estos asuntos teórico-metodológicos porque creo que de algún modo tienen incidencia en lo que sucede en algunos sitios del país, aunque con un poco de tardanza en relación con lo acontecido en otros lugares del planeta. En la Costa Caribe el debate planteado no ha tenido ninguna trascendencia. Pero eso no quiere decir que no sea conveniente darlo, sobre todo para refinar la formación de profesionales de la historia en nuestras Carreras especializadas.

Es importante entender la importancia de la historia, en sus muchas modalidades, para el conocimiento profundo del modo como se estructuró la sociedad en los diversos lugares. Así mismo, para desentrañar la dinámica de las tradiciones pueblerinas, de la cultura popular, y de su efecto sobre las grandes urbes. La historia oral reclama a gritos investigadores de nuestros Programas para trabajar temas o problemas de

obras de talla nacional (o, incluso, internacional, dándole libertad al derecho a soñar) es necesario que nuestros estudiantes se mantengan en contacto con los debates contemporáneos que ocurren dentro de la historiografía y, porqué no decirlo, con todos aquellos por fuera de éstos, que de algún modo hieren o nutren sus fundamentos. Tal necesidad fue lo que me motivó a traer aquí el reto que proponen los teóricos posmodernistas.

Un propósito académico de tal envergadura requiere el compromiso decidido del profesorado, de los estudiantes y de las autoridades universitarias, para mejorar las Carreras de Historia en el ciclo del pregrado y de los postgrados. Creo que ya estamos lo suficientemente maduros para afrontar la tarea de las maestrías con recursos propios y, en un futuro no lejano, la de los doctorados. Hay en la región gente con experiencia, con capacidad, para trabajar en pro de esta causa académica.

perspectiva que enunciarnos ahora puede ser heterodoxa, si se quiere ecléctica, pero a mi modo de ver es la mejor, quizás la menos mala, porque nos induce a tratar los modelos, las teorías, como instrumentos que dependen de los problemas que vayamos a resolver o de los temas que nos propongamos tratar. Es lo que Georges Duby sintetiza en una frase que tal vez debamos volver célebre: el investigador histórico debe dotarse de su propia caja de herramientas, en la cual incluirá todo lo necesario para ejercer su profesión, sin tener en cuenta su procedencia ideológica o política, o su matiz religioso. Esa preciosa caja de herramientas (que debe estar bien guardada en nuestro cerebro) contendrá teorías socioculturales, modelos teóricos, métodos, técnicas y todo cuanto resultare útil para llevar a cabo nuestras investigaciones. El empleo de cada herramienta dependerá del objeto de estudio que pensemos trabajar y de los problemas implícitos en éste. Eso quiere

No está permitido decir cualquier tontería en historia, aunque ella, lamentablemente, está llena de tonterías.

clases o grupos de la población, relacionados con los imaginarios colectivos, las formas de sociabilidad, los movimientos sociales, los mitos y leyendas, entre otros asuntos de interés. Todo es historiable, siempre y cuando se cumplan dos requisitos imprescindibles: la existencia de las huellas pertinentes (que no son sólo escritas, como creían los maestros del positivismo) y la adecuada preparación de los investigadores.

Por esa razón, de nuestros Programas no pueden egresar practicantes del oficio incapacitados para superar el nivel de la crónica, de la narración impresionista basada o no basada en fuentes. Para producir

Insistiré en el punto de que el historiador contemporáneo debe ser, sobre todo, un razonador que no le tema al pensamiento complejo²² que se abre camino como un paradigma duro en el escenario internacional. Si la historia es bulímica, comelona, como destacara Fernand Braudel²³ (refiriéndose a la perentoriedad que tiene nuestra disciplina de alimentarse de todo lo convenientemente producido por las llamadas ciencias humanas), sus practicantes deben mantener una actitud abierta hacia todo conocimiento, hacia todo modelo teórico de utilidad práctica en el ejercicio de la profesión. La

decir que sólo los temas a tratar, las hipótesis o preguntas orientadoras indicarán el camino a seguir en materia del uso de nuestras herramientas teóricas, metodológicas y técnicas.

Una anécdota de la vida cotidiana servirá para ilustrar mejor la heterodoxia conceptual que estoy defendiendo: nadie puede limpiar un vidrio sucio con un serrucho o un martillo, porque puede dañarlo, pero si emplea un limpión, o papel periódico mojado, o cualquier otro utensilio de esos que promueven a través de las televentas, los resultados serán los que buscamos: que el vidrio quede

reluciente, máxime si le echamos un poco de líquido especial para limpiar tal superficie.

Algo parecido sucede con la construcción de nuestras historias: muchos investigadores se han estrellado contra la realidad documental (o contra las fuentes vivas) porque no van a su encuentro con una mente abierta, receptiva a los hallazgos que se puedan localizar, sino con la actitud de los apóstoles pontificadores que pretenden siempre introducir sus modelos, aunque estos estrangulen los objetos de estudio. Se podría decir, parafraseando el lenguaje de los juristas, que cometen asesinato, homicidio intelectual, por lo cual merecen largas penas carcelarias (o el ostracismo) dentro de la competitiva sociedad de los investigadores históricos.

¿No sería menos fundamentalista y más a tono con lo mejor del pensamiento con-

temporáneo, acercarse a las fuentes con la caja de herramientas en plena efervescencia pero teniendo, al mismo tiempo, la mirada fresca para usar lo que se pueda usar sin que eso hiera nuestra sensibilidad? ¿No evitaríamos con eso la ideologización o vulgarización de la historia? ¿No sería esta actitud pragmática una vacuna contra tantas tonterías que se cueflan en nuestros discursos?

La heterodoxia conceptual que propongo, el libertinaje teórico que he sugerido, no niega para nada asumir una posición política o una interpretación ideológica, o tomar posiciones en el estudio de los problemas de la sociedad. En los campos abiertos del pensamiento social no caben las neutralidades, ni el ob-

jetivismo ingenuo que soñaron los positivistas. Siempre está presente la necesidad de interpretar y, al hacerlo, introducimos la semilla que nos sembró el presente, en forma de subjetividad conciente e inconciente.

Ningún historiador puede ser neutro u objetivo al tratar problemas sociales, aunque, tampoco, deba ser un juez castigador como lo criticó Marc Bloch. Pero sí puede ser razonable, perceptivo, inteligente, como para darse cuenta, empleando su razón historiadora, de que no debe forzar las fuentes para acomodarlas a sus teorías o modelos. Debe actuar más bien al revés: el uso de los modelos teóricos, de los métodos y las técnicas historiográficas dependerá siempre de la realidad documental.

No niega las opciones político-ideológicas extra historiográficas, de la vida social del país o de la región, porque no es apolítica

Dense cuenta que lo dicho es heterodoxia teórica, libertinaje teórico controlado, pero así mismo, es una terapia adecuada contra el fundamentalismo científico que algunos venden sin receta médica. ¡Cuánto daño ha producido ese bendito fundamentalismo a la sufrida humanidad! ¡Cuánto sacrificio y muerte han provocado los doctores de la verdad inamovible, de los paradigmas eternos!

Lo sostenido aquí critica por inadecuado lo que plantean los posmodernistas radicales más extremos, pero también los argumentos de todos aquellos que bajo la capucha de la ideología, del partido político, de la ciencia, de la historia o de la religión se creen poseedores de una

verdad incuestionable: porque ahí están las raíces psicológicas e intelectuales de la intolerancia, del irrespeto al otro, del autoritarismo más burdo y del totalitarismo que mata la pluralidad de la vida humana.

La perspectiva aquí esbozada es, entonces, anti-nihilista y anti-fundamentalista. Se opone al relativismo extremo que hace hoy carrera como una moda, especialmente para intelectuales resentidos, pero también blande sus argumentos contra cualquier clase de fundamentalismo, incluido el historiográfico. Es, indudablemente, la perspectiva práctica menos dañina y, quizás, la que ofrece las mejores potencialidades. No niega las opciones político-ideológicas extra historiográficas, de la vida social del país o de la región, porque no es apolítica: por el contrario:

quizás sugiere una ciudadanía esencial que nos transforme en verdaderos integrantes de la

especie humana, sin atavismos, sin irrespeto a la otredad, a la diferencia, a lo multiforme y diverso que inunda el planeta.

El ejercicio historiográfico, aunque no lo queramos, debe ser también una práctica de la ciudadanía, de hombres y mujeres o de gente de cualquier otro género, que le encuentren utilidad a su trabajo no sólo porque les ayuda a vivir, a auto-realizarse, sino porque con sus productos, con sus obras, pueden deparar placer a otros, comprensión de la vida y, tal vez, un poco más de inteligencia, aparte de conseguir dignamente el pan de cada día.

Ustedes se estarán preguntando qué tiene que ver todo este cuento teórico-emotivo y existencialista con

un evento de esta naturaleza, con la historia o la historiografía de la Región Caribe.

Para terminar esta ya larga exposición intentaré demostrarles que sí tiene mucho qué ver. Creo que en nuestras Carreras de Historia, antes que artesanos, debemos ayudar a formar pensadores. Inquietos intelectuales para todo aquello que tenga olor y sabor a conocimiento humano, a arte, a reflexión. El historiador, la historiadora, no pueden ser unos ignorantes de todo cuanto interesa en el pensamiento universal, porque eso, a la larga, tiene consecuencias prácticas en su oficio, en su praxis ciudadana y hasta en la vida familiar.

por más caribeños o colombianos que seamos debemos ser, antes que todo, ciudadanos, ciudadanos auténticos para la defensa y respecto de la diferencia, de la pluralidad cultural, ideológica, política, étnica o de género que, afortunadamente, inunda nuestros territorios.

Un intelectual inculto (analfabeta orgánico, parafraseando a Gransci) no pasará de ser un burro con diploma, y me disculparán si esto suena muy grosero o exagerado. Borricos con diploma, por más lujoso y llamativo que sea éste, sólo estarán destinados a servir de animales de carga (excusen de nuevo esta metonimia tan irrespetuosa) de otros burros con plata que, por elegancia, llamaremos burguesía colombiana o regional.

Muchos de estos borricos con dinero son una clase dominante, pero no han sabido cumplir su papel primordial de auténtica clase dirigente. Por eso, en parte, estamos como estamos, preñados de inequidad, de dificultades sociales. Por eso algunos no ven otra salida que la opción

equivocada del empleo de la violencia y de la dictadura para cambiar el estatus quo que mantienen los burros con plata y con votos amarrados.

Perdonen si he sido tan duro con los maltratados borricos y con los miembros de nuestra propia especie, pero, a drede, me propuse tramar una exposición turbadora, que les llegara quizás a lo más profundo de su ser, para inducirlos a reflexionar a fondo acerca de la necesidad y utilidad de nuestro oficio. No sólo para mejorar la calidad de nuestra propia autoestima en el gremio de los investigadores históricos, o para usar nuestras herramientas con total conciencia y autonomía, sino para sugerirles que antes que historiadores hacemos

parte de una especie, de una sociedad global, de un país o de una región.

Y como habitantes de este bello planeta azul debemos comprometernos con la causa de la ciudadanía democrática por ser la menos mala de las opciones, quizás la más inteligente y adaptable a las condiciones de crisis que cruzan nuestro país.

Antes que colombianos o costeños, o llaneros, o interioranos, o isleños, o nativos de cualquier región o subregión, debemos ser ciudadanos universales, como lo han pedido Borges y Savater.

Esta perspectiva es tremendamente útil en la práctica del his-

toriador o de la historiadora, por cuanto ellos son antes que nada, seres sociales inmersos en el entramado estructural de la región y de la república. La idea no es llegar al extremo de negar nuestras peculiaridades regionales (que es pertinente asumir como prioridad uno A en la labor historiográfica en las Carreras costeñas), sino entender con claridad que por más caribeños o colombianos que seamos debemos ser, antes que todo, ciudadanos, ciudadanos auténticos para la defensa y respecto de la diferencia, de la pluralidad cultural, ideológica, política, étnica o de género que, afortunadamente, inunda nuestros territorios.

Esta actitud es otro antídoto contra el chauvinismo ramplón, contra el nacionalismo o el regionalismo groseros, que tanto daño han causado en otros sitios de la tierra; discriminación, guerras y muertes, las plagas más devoradoras que ahora nos azotan, suelen recubrirse con la toga del fundamentalismo. La tarea principal del historiador contemporáneo quizás no sea construir buenos discursos históricos, sino contribuir con su esfuerzo al mejoramiento intelectual de la es



un evento de esta naturaleza, con la historia o la historiografía de la Región Caribe.

Para terminar esta ya larga exposición intentaré demostrarles que sí tiene mucho qué ver. Creo que en nuestras Carreras de Historia, antes que artesanos, debemos ayudar a formar pensadores. Inquietos intelectuales para todo aquello que tenga olor y sabor a conocimiento humano, a arte, a reflexión. El his-

toriador, la historiadora, no pueden ser unos ignorantes de todo cuanto interesa en el pensamiento universal, porque eso, a la larga, tiene consecuencias prácticas en su oficio, en su praxis ciudadana y hasta en la vida familiar.

Un intelectual inculto (analfabeta orgánico, parafraseando a Gracsci) no pasará de ser un burro con diploma, y me disculparán si esto suena muy grosero o exagerado.

Borricos con diploma, por más lujoso y llamativo que sea éste, sólo estarán destinados a servir de animales de carga (excusen de nuevo esta metonimia tan irrespetuosa) de otros burros con plata que, por elegancia, llamaremos burguesía colombiana o regional. ■

Muchos de estos borricos con dinero son una clase dominante, pero no han sabido cumplir su papel primordial de auténtica clase dirigente.

1 Georges Duby, *Diálogo sobre la historia*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1988, p. 37 y ss.

2 Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1990, p. 75.

3 Hayden White, *Metahistoria*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. México, 2001, p. 13 y ss.

4 Federico Nietzsche, *La voluntad de Poderío*, EDAF, Madrid, España, 1996, p.32 y otras. De este filósofo puede leerse como trabajo con epicentro en la historia, *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, Obras Completas, Aguilar, 1966.

5 Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Pre-textos, Valencia, España, 1997.

6 Federico Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, M.E. Editores, Madrid, España, 1995, p.13 y ss.

7 Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI Editores, México D.F., México, 1989, p. 356.

8 Kart R. Popper, *La miseria del historicismo*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1999. Véase también, *Búsqueda sin término*, Editorial Tecnos, Madrid, España, 1994.

9 Benedetto Croce, *La historia subsumida bajo el concepto general del arte (La storia ridotta sotto it concetto generale dell' arte*, Primi Saggi, Bari, Italia, 1919).

10 R.G. Collingwood, *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., México, 1988.

11 Jean-Francois Lyotard, *¿Por qué filosofar?*, Ediciones Altaya, Barcelona, España, 1994.

12 Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Antrhopos, Barcelona, España, 1967.

13 Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Editorial Ariel, Barcelona, España, 1998.

14 Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Editorial Crítica, Barcelona, España, 1980.

15 Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1997, p. 74.

16 Adam Schaff, *Historia y verdad*, Editorial Grijalbo, México D.F., México, 1974, p. 81.

17 Jerzy Topolsky, *Metodología de la historia*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1985, pp. 298 y 309.

18 Edgard H. Carr, op. cit., p.76.

19 Carlos Pabón, *Nación Postmortem*, Ediciones Callejón, San Juan, Puerto Rico, 2002, p. 17 y otras.

20 Carlo Ginzburg, *El Queso y los Gusanos*, Muchnik Editores, Barcelona, España, 1997, p. 9 y ss. Sobre este problema teórico–metodológico, véase Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 2000, p.133 y passim.

21 Georges Dubby, op. cit., p. 44.

22 Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO-Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá, Colombia, 2001, p. 21 y ss.

23 Fernand Braudel, op. cit., passim.